Insectos, Pasiones, Luz, Colores

El mexicano Francisco Toledo expone su "Insectario" en el Museo Nacional de Bellas Artes; en el Instituto Cultural de Las Condes, varios artistas nacionales recrean afectos y desafectos; Andrés Cox exhibe sus pinturas en el Centro de Extensión de la Universidad Católica, y en la Sala Chile del Museo Nacional de Bellas Artes, Paulina Humeres despliega su instalación.

Por Waldemar Sommer

Insectos nos propone la primera exhibición individual en Chile —Museo Nacional de Bellas Artes—de Francisco Toledo, uno de los artistas más destacados del México contemporáneo. Sus 47 dibujos sobre papel, a tinta y acuarela, entregan colores terrosos —como entorno natural de sus actores—; amplitudes de microespacio; entomologías reconocibles y fantásticas; sensaciones de antenas, de pinzas, de finas extremidades acorazadas; huellas lineales que parecen recoger vibraciones de desplazamiento. El dinamismo de estas líne —por instantes, laberíntica suele confundirse con asomos de vegetación o con el propio cuerpo del insecto. La gracia angular de estos animales hasta crea coreografías provistas de natural vestuario teatral, donde cada bailarín dispone de un pequeño espacio, acaso exudado por su misma corporeidad. Las intensidades de las aguadas de color establecen los planos necesarios para cada participante. Por otro lado, en la presentación de bestiario semejante las relaciones de unos con otros adquieren la ironía de ciertas relaciones humanas.

Sentires encontrados

Igual par de láminas de papel y técnica gráfica fueron el punto de partida de una convocatoria para volcar, en imágenes visuales, opuestos sentimientos del hombre. Se eligieron diez conocidos artistas nacionales. Lo obtenido se expone en las salas nuevas del Instituto Cultural de La ndes. Como podía esperarse, la personalidad de los autores más fuertes se impone más allá del tema preestablecido. Esto, felizmente, no interfiere en la calidad de los resultados.

Y si de belleza se trata, anotemos en primer lugar los nombres de Lotty Rosenfeld y de José Balmes. Más asociada al video y a la acción de arte, Rosenfeld demuestra su talento también en empresas más tradicionales. A sus protagónicos figura y texto —éste como forma, ante todo—, provenientes de la objetiva foto de periódico, basta integrarles una transparencia superpuesta o cosida con hilos para conseguir una visión de limpieza, elegancia y propiedad conceptual admirables. De parecido material objetivo se sirve Balmes. Al vigor expresivo de la imagen rescatada se suma el dramatismo del trazo informal, del *graffiti* con lírica rosa encarnada.

Los héroes característicos de Bernardita Vattier, bajo enjambres lineales que aluden a huellas digitales, conjugan un par de poderosas láminas sin color. A través de su fisonomía alegórica calan hondo en derroteros de la volubilidad humana. La excelente y figurativa proposición de Guillermo Núñez tampoco recurre al color y se aparta bastante de los requisitos impuestos por las bases. Incluye, en cambio, la participación del público, al que compromete con hechos trágicos, universales y nacionales, que aquí vuelve protagónicos.

Roser Bru somete a nuevos desarrollos formales algunos de sus héroes y procederes —la carta, la cinta de luto— más amados. Nancy Gewölb, mientras tanto, llama la atención con el rasgo pictórico y lo bien reconocible de su pareja de obras. En ella, sólo con la intensificación y el entrecruzamiento del claroscuro establece la contundente diferencia anímica.

Respecto de Eduardo Garreaud, su contrapunto de imágenes violentas, heterogéneas logra una integración armoniosa, capaz de reflejar conflictos de efecto destructor. Si menos novedoso que sus compañeros de exhibición aparece el correcto Francisco de la Puente, más narrativa y menos personal emerge, esta vez, Angela Riesco. Gonzalo Cienfuegos, por último, se queda en un pretendido juego erótico, que no consigue imponerse al icono histórico utilizado.

A través de collages digitales de transparencias fotográficas, Paulina Humeres muestra el mundo derruido, fantasmal, de las oficinas salitreras abandonadas.

Andrés Cox

La tercera exposición individual de Andrés Cox demuestra un paso más en su evolución como artista. Siempre el color constituye su ingrediente capital. Y sabe emplearlo. De los dieciocho acrílicos sobre tela concurrentes, un tercio despliega visiones de arquitectura clásica, envuelta por espacios interminables e invadida por el desastre. El conjunto arquitectónico mejor conservado, "Ruinas", es, también, el lienzo más fantástico, atractivo y sugerente del grupo. Testimonio de un mítico pasado, ofrece construcciones y escaleras en piranesiano sucederse, amagadas por incendios de amarillos sulfurosos y una atmósfera saturada de vapores arcanos. El caballo airoso que huye y la estatua en desintegración proclaman el aniquilamiento inminente.

Otra tela destacada, "Preludio", ya es una resultante del caos. Su retazo de abismo proporciona un interesante efecto espacial, donde flotan cuerpos más o menos geométricos. "Flotación", entretanto, anuncia ya la fragmentación de pincelada que conduce a los doce siguientes cuadros no figurativos. Conforman éstos mosaicos de unidades cromáticas de dimensiones diversas, que se precipitan en torbellino. Su movilidad inquieta evoca una biología microscópica. Una mirada superficial podría asociar tales cuadros con el impresionismo. En ellos, no obstante, la luz no penetra, sino que ilumina exteriormente su corporeidad material bien tangible. Más bien cabría hablar, un poco al modo del pop art, de una acción sobre el ojo del espectador. En todo caso, el gozo del pintor en la facturación de su materia multicolor emerge indudable. Dos momentos consiguen, en este sector, los resultados mejores: "Paisaje lejano" y "Paisaje habitado", ambos con sutil manejo de la luz.

Paulina Humeres

En la Sala Chile —Museo Nacional de Bellas Artes—, ennegrecida y a oscuras, Paulina Humeres recurre a focos de luz artificial para mostrarnos collages digitales, de transparencias fotográficas. Poseen ellos, como escenario, el mundo derruido, fantasmal de las oficinas salitreras abandonadas. No extraña, por eso, ver pobladas sus viviendas, cementerios, galpones industriales y lugares de encuentro, advertirlos reanimados por espectros provenientes de la historia del arte, en sus dos centurias más recientes. Sin embargo, más que esos íconos internacionales y los sitios terrenales que se les asignan, es el diálogo entre claridades y sombras densas, entre blanco y negro y cromatismo bien dosificado el que otorga dimensión metafísica a estas ruinas nuestras.

Dentro de la amalgama de verista situación actual y citas artísticas del pasado, los aspectos formales surgen más eficaces y mejor resueltos que los conceptos expresivos. Estos últimos tienden a volverse un tanto obvios y efectistas (el símbolo de la cruz luminosa, por ejemplo, no guarda una relación estrecha con el conjunto visual que preside). Por el contrario, la integración entre imágenes de ayer y de hoy alcanza logros interesantes, a través del árbol de Guernica, de los náufragos sobre la balsa en diagonal, de "El balcón" manetiano, de los tres préstamos de Goya, de "El baño turco" entre los árboles ralos, de "El circo" en la plaza minera, del coloso de Boccioni, de las mujeres de March. AAL

El Mercurio
Artes y Letras
Domingo 25, Julio